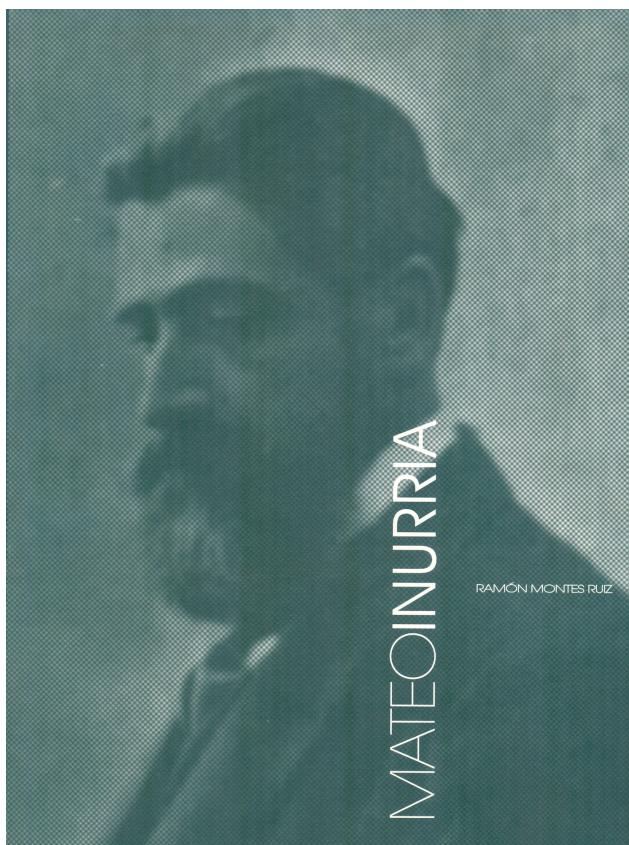


MONTES RUIZ, Ramón. *Mateo Inurria*. Córdoba: Ayuntamiento de Córdoba, Fundación CajaSur, Fundación Provincial de Artes Plásticas Rafael Botí, Junta de Andalucía, Universidad de Córdoba, 2012. ISBN: 978-84-8154-320-9.

YOLANDA VICTORIA OLMEDO SÁNCHEZ  
Universidad de Córdoba



La figura de Mateo Inurria Lainosa (1867-1924) ocupa un lugar de gran relevancia en el panorama artístico español contemporáneo. A caballo entre la segunda mitad de siglo XIX y el primer cuarto del XX, la existencia de este artista cordobés estuvo volcada en la escultura, creación entorno a la cual giraron los principales acontecimientos de su vida. Especialista indiscutible de la obra de Mateo Inurria, el profesor Ramón Montes Ruiz le ha dedicado numerosas publicaciones, aportaciones que ha ido enriqueciendo con nuevos datos y documentos. Resultado de toda esa labor investigadora, el presente estudio ofrece un completo y minucioso recorrido biográfico del prestigioso escultor, ahondando en su trayectoria artística y en la evolución que fue experimentando hasta el final de sus días.



Los seis capítulos que integran el estudio han sido bien ilustrados con numerosas fotografías. Algunas son del propio Mateo Inurria, desde su época de juventud hasta los años de madurez; otras nos ofrecen detalles de enclaves y eventos relacionados con su quehacer artístico (fotografías de la Escuela Superior de Artes Industriales de Córdoba, de la inauguración de monumentos, de Exposiciones Nacionales de Bellas Artes, de recepciones, homenajes,

condecoraciones...). Completan la larga serie de imágenes numerosas fotografías de las principales obras del escultor, así como de algunos de sus proyectos artísticos y dibujos realizados en su faceta como restaurador. Se tratan, pues, de documentos de gran valor histórico, especialmente en el caso de aquellos proyectos que no llegaron a materializarse y de aquellas obras no conservadas, o bien en paradero desconocido.

El autor comienza su estudio con un capítulo dedicado a los orígenes y a la formación del artista. En un vivo relato lleno de testimonios nos descubre cómo sus raíces se hallan lejos de la capital cordobesa, concretamente en Vizcaya y Valencia, de donde procedían sus padres. Se detiene también a comentar aquellos acontecimientos históricos, así como aquellas circunstancias que marcaron su destino, siendo especialmente relevante el haber nacido en el seno de una familia relacionada con el arte. De hecho, su abuelo materno fue el escultor valenciano José Lainosa Genovés, quien tras viajar por Europa abrió taller en Sevilla. Con él se formaría su padre, Mateo Inurria Uriarte, un capitán vizcaíno destinado en la capital hispalense que se había prometido con su hija Vicenta. El joven Mateo entraría como aprendiz en el taller de Lainosa al quedar separado del ejército, tras negarse a participar en 1854 en un levantamiento militar contra la reina Isabel II. Pocos años después acompañaría a su futuro suegro a Córdoba, ciudad a donde Lainosa trasladó su taller y su familia. Inurria Uriarte habría de tener un buen porvenir en la capital cordobesa, desempeñando una intensa actividad profesional en el ámbito de la construcción, especialmente en la decoración escultórica, así como en las tareas de cantería.

Tras este interesante proemio, el profesor Montes pasa a centrarse en el propio Mateo Inurria Lainosa. Ofreciéndonos interesantes aportaciones biográficas, se detiene en comentar cómo ya desde niño, al tiempo que iba forjándose su personalidad, fue creciendo su interés por la escultura. Pese a las reticencias de sus padres, conscientes de las dificultades propias del mundo artístico, su vocación y su empeño ganaron finalmente la batalla. Esto determinó su ingreso en la Escuela Provincial de Bellas Artes de Córdoba, donde recibiría una enseñanza academicista, a la que supo revelarse con la educación y el respeto que siempre le caracterizaron. Pese a la escasez de datos biográficos del artista durante su adolescencia, el autor ofrece una sustanciosa información sobre sus primeras obras, realizando un exhaustivo estudio de la única escultura conservada de esta primera etapa formación: *Ángel orante* (h. 1882), esculpida para la fachada de la capilla del cementerio de la localidad cordobesa de Montoro.

De gran valor resulta la investigación efectuada sobre su posterior traslado a Madrid para completar su formación en la Escuela Especial de Pintura, Escultura y Grabado, así como el minucioso estudio de las obras ejecutadas durante esta etapa, que discurre a lo largo de la década de los años 80: bustos de personajes históricos como el del *Gran Capitán* o *Séneca*; de temática religiosa, destacando el *Ángel de la Fama* para el monumento funerario de “Lagartijo”; o composiciones histórico-alegóricas en las que recreándose en el desnudo, ahonda en la belleza del cuerpo humano y en su valor erótico. *Alegoría de Córdoba* o *Materia en triunfo* constituyen algunas de estas obras, realizadas en calidad de pensionado por la Diputación Provincial de Córdoba. Tales composiciones testimonian el aprovechamiento en sus estudios y los avances que iba adquiriendo en el apasionado mundo escultórico. En esta misma línea, *Un naufrago* supuso una valiosísima aportación con la que participaría en la Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid de 1890. El autor realiza un pormenorizado análisis de esta obra, subrayando el gran impacto que produjo en la sociedad de la época. La representación del cuerpo desnudo de un joven, que lucha por su supervivencia agarrado a un madero, desencadenaría numerosos aplausos y reconocimientos, pero también duras

críticas. Motivadas por las envidias que despertó el joven escultor en el ámbito artístico, las reacciones negativas vinieron a corroborar, más aun, su gran valía.

El segundo capítulo se centra en el período realista del artista, que discurre durante la última década del ochocientos llegando a alcanzar el comienzo de la nueva centuria. La vida de Mateo Inurria transcurre durante estos años en Córdoba, lejos del ambiente social y artístico nacional. Pese a ello, sigue inmerso en su labor artística al tiempo que inicia su labor docente como catedrático de las enseñanzas de Modelado de la Figura y Dibujo Antiguo en la Escuela Municipal de Artes y Oficios, de la que llegaría a ser también director. Asimismo, emprende trabajos de restauración en algunos monumentos de la ciudad: en el santuario de la Fuensanta y en iglesia de San Pablo. Junto a esta intensa actividad goza del reconocimiento de sus paisanos, ingresando como socio de número en la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba, y siendo admitido también en otra destacada institución de la ciudad: el Círculo de la Amistad, Liceo Artístico y Literario.

Tal y como indica el profesor Montes, en lo que respecta a su labor escultórica, esta etapa se halla marcada por la reflexión, adoptando una actitud autodidacta y de búsqueda de identidad ante su obra. A ello contribuyó el viaje que efectuó a Francia e Italia en 1896, que le brindó la oportunidad que conocer numerosas obras artísticas de ambos países. De la falta de homogeneidad temática, de la que también nos habla el autor, se desprende la diversidad de géneros escultóricos a los que se entrega durante estos años: desde la escultura religiosa hasta el retrato, pasando por el monumento conmemorativo, tipología en la que habría de alcanzar gran éxito. A este respecto, por encargo del consistorio municipal, realizaría un primer proyecto para un monumento al Gran Capitán. Forman parte de esta fecunda etapa bellas obras como la que dedicara a santa Teresa de Jesús, titulada *Vivo sin vivir en mí*, actualmente en paradero desconocido; o la escultura de *Lucio Anneo Séneca* del Museo de Bellas Artes de Córdoba. Siguiendo por el sendero del realismo, enviaría a la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1899 una obra realizada en yeso: *La mina de carbón*, interesante composición de temática social muy en boga en la Europa finisecular. Abierto y receptivo, pues, a las nuevas corrientes artísticas, asumió un breve modernismo en algunas de sus creaciones, como el *Mausoleo de Emilio Mariscal y López de Mendoza* de la iglesia parroquial de Martos (Jaén), destruido durante la Guerra Civil; o el bello relieve que decora el actual colegio La Milagrosa de Córdoba.

La transición de Mateo Inurria al idealismo escultórico es abordada en el tercer capítulo, constituyendo igualmente un período de intensa actividad que transcurre en Córdoba durante los primeros años del siglo XX. Su reconocimiento iría en continuo crecimiento, a lo que se suman los contactos con destacados artistas de la época. A este respecto, el autor dedica un epígrafe al encuentro del artista cordobés con Auguste Rodin, por mediación del pintor Ignacio Zuloaga, así como a la breve correspondencia que mantuvo posteriormente con el afamado escultor francés. En cuanto a su labor artística, sin abandonar totalmente el realismo y las tendencias formalistas expresadas en obras anteriores, Inurria fue entregándose a creaciones cada vez más depuradas. Se trata de una fructífera etapa en la que realizó numerosos bustos de destacados cordobeses de la época: el torero Lagartijo o los políticos Manuel Reina y Antonio Barroso. Ejecutó también obras de carácter más poético como *Lobo de mar*, busto conservado en el Museo de Bellas Artes de Córdoba; panteones y esculturas conmemorativas como la de *Lope de Vega* o *la Alegoría a La Marina*, en el monumento a Alfonso XII, ambos en Madrid; así como un nuevo proyecto para el monumento al Gran Capitán en Córdoba, del que Ramón Montes nos ofrece un pormenorizado estudio acompañado de valiosas ilustraciones.

Paralelamente a su intensa labor creadora Mateo Inurria prosigue su faceta como restaurador (en esta ocasión en la Mezquita-Catedral de Córdoba), destacando también su participación en las excavaciones de Medina Azahara y una mayor implicación en la actividad docente, al ser nombrado director de la recién creada Escuela Superior de Artes Industriales de Córdoba. Tales acciones se centran en la capital cordobesa a la que abandonaría en breve ante el creciente prestigio que iba adquiriendo: los encargos artísticos recibidos desde la capital de España, su ingreso en el Círculo de Bellas Artes y, finalmente, su nombramiento en 1911 como Profesor de Término en la Escuela de Artes y Oficios de Madrid, marcan el futuro del artista.

El capítulo cuarto se centra en los primeros años de estancia de Inurria en Madrid, etapa que discurre entre 1912 y 1916. El autor ahonda en diversos aspectos relacionados con la vida del escultor cordobés en la capital de España: las distintas ubicaciones de su vivienda y taller, la intensa vida profesional, los viajes realizados por provincias próximas... Efectúa también un pormenorizado estudio de las obras que realiza durante estos años entre las que se cuentan numerosos bustos, algunos femeninos como los dedicados a su esposa María. Será el mundo de la mujer y, especialmente, el desnudo femenino, la temática que acapare la atención del artista y en la que vuelque toda su intención renovadora, que extiende igualmente al monumento conmemorativo, género cultivado por el artista desde su etapa cordobesa. Cabe recordar el *Proyecto de Monumento a Rosalía de Castro*, del que Montes Ruiz nos ofrece un minucioso estudio; diseño que finalmente no llegaría a materializarse al igual que otros, como el correspondiente al *Monumento a Cervantes*. De todos ellos recoge una valiosísima aportación documental, que permite vislumbrar la personal visión de la escultura que el artista desarrolló en los mismos. Lo mismo cabe decir del interesante estudio que ofrece del tercer proyecto del *Monumento al Gran Capitán* para la ciudad de Córdoba, que sería ya el definitivo, realizado en 1915 e inaugurado en 1923.

El quinto capítulo abarca una breve pero intensa etapa que discurre entre 1917 y 1920. Durante estos años el artista siguió trabajando en Madrid, gozando de gran prestigio en el ámbito artístico español de la época. Prueba de ello será su participación como miembro del jurado en el concurso de proyectos para el *Monumento al doctor Moliner* en Valencia, su participación en la organización de la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1917; su nombramiento, ese mismo año, como académico correspondiente de la Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo y, especialmente, el recibimiento de la Medalla de Honor de la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1920. Paralelamente, el incansable artista sigue trabajando en la realización de interesantes obras dedicadas a políticos de la época como el bello y ambicioso *Monumento a Antonio Barroso y Castillo* (inaugurado en 1918 en los Jardines de la Agricultura de Córdoba y desgraciadamente destruido al año siguiente, víctima de unos actos vandálicos); el *Monumento a Juan Muñoz Chaves*, inaugurado en 1919 en el Paseo de Cánovas de Cáceres; o el *Busto del Presidente Wilson* –actualmente en paradero desconocido–, que presidió la fiesta organizada en el Hotel Palace de Madrid en 1918 para celebrar la finalización de la Primera Guerra Mundial. Asimismo, el escultor vuelve a recrearse en el desnudo femenino con la realización en 1920 de dos bellas obras: *La Parra* y *Forma*, conservadas en el Museo de Bellas Artes de Córdoba.

El sexto y último capítulo está dedicado a los últimos años de la vida de Inurria. El breve período comprendido entre 1921 y 1923 es calificado por Montes Ruiz de plenitud, dado que el ya consagrado escultor sigue inmerso en una intensa actividad artística, al tiempo que recibe nuevos reconocimientos. De este modo, el 26 de marzo de 1922 es nombrado académico de número por la Academia de Bellas Artes de San Fernando. Sus últimas

creaciones escultóricas estuvieron dedicadas a los géneros que más fama le dieron: el monumento conmemorativo y el desnudo femenino. A este respecto, el autor se detiene en el estudio de interesantes obras como el *Monumento a Eduardo Rosales*, inaugurado a finales de 1922 en el Paseo de Recoletos de Madrid; o en el grupo escultórico de *Las tres edades de la mujer*, una creación simbólica de gran belleza que supone el cénit en los logros alcanzados por el artista en esta temática escultórica. Asimismo, subraya otras creaciones de estos últimos años, como el grupo *Cristo Redentor* del *Mausoleo de Ángel Vélaz*, culminado en 1921. Conservado en el Cementerio de La Recoleta de Buenos Aires, en este conjunto trabajó junto con su hermano Agustín –que como arquitecto realizó el mausoleo– y que supuso para el escultor un claro reconocimiento a nivel internacional.

En las últimas páginas del estudio el autor nos narra con detenimiento los últimos meses de vida del artista. Nada más empezar 1924, Mateo Inurria se sintió indispuerto como consecuencia de una angina de pecho. La muerte le sobrevino finalmente el 21 de febrero en Villa Udia, el nuevo hogar madrileño al que se había trasladado junto con su esposa unos meses antes. Fue un fallecimiento inesperado, en el momento más álgido de su trayectoria artística, que provocó una gran conmoción tanto en los ambientes artísticos de Madrid, como en su Córdoba natal.